

justicia, y no queriendo valerse de los medios de aplacarla, trataban de ahogar los remordimientos de sus conciencias á costa de su fé. El otro partido del Consejo judáico, aunque igualmente contrario al establecimiento de la Religión de Jesucristo, y aunque alteraba la ley de Moisés con abusivas innovaciones, creía la espiritualidad de las almas y la resurrección de los cuerpos. De esta división se aprovechó el acusado, y levantando la voz les dijo: «Sabed, hermanos, que yo soy fariseo, y como vosotros decís, hijo de fariseo, y he seguido invariablemente todos los sanos principios de esta escuela, y ahora me acusan porque defendiendo la resurrección de los muertos.»

Al instante comenzó la asamblea á tumultuarse; todos hablaban y todos se esforzaban en defender su partido, y el Dueño soberano de los corazones trocó en apologistas de su Apóstol á la mitad de sus antagonistas. «¿Qué daño hizo este hombre? decían los fariseos. No podemos negar que su doctrina es pura, y ¿quién sabe si algún espíritu celestial inspira al Doctor que da de ellos tan magnífico testimonio?» Pasaron de las palabras á las obras, y pusieron al Apóstol á su lado para librarle de los saduceos. Estos por su parte se esforzaron en arrebatarse, y sin duda jamás se vió San Pablo en mayor riesgo, pues infaliblemente le hubieran hecho pedazos, á no haber acudido el tribuno con sus soldados para tornarle á la ciudadela.

En la noche siguiente á tantas fatigas y peligros, se le apareció el Señor y le dijo: «Ten buen ánimo, que tu vida está sin riesgo, y es preciso que en Roma des de mí igual testimonio que en Jerusalem.» Si San Pablo, sin penetrar los designios de Dios, se había mostrado tan fiel, esta aparición convirtió su fé sobre este artículo en una evidencia que le daba mucho esfuerzo. La pintura de lo venidero puesta ante sus

ojos le hizo conocer que sus tribulaciones, sus cadenas, su comparecencia en tantos tribunales de Palestina, y otros varios hechos que sin duda eran muy públicos, serían otros tantos medios de adquirir la celebridad conveniente para hacer su ministerio respetable á la capital del mundo y al mas soberbio de los Césares. Un nuevo riesgo, el mayor que había corrido en su vida desde la vocación al apostolado, solo sirvió para aumentar su valor.

Los judíos, y con especialidad los saduceos, que á imitación de todas las sectas opuestas á la religión dominante ostentaban tolerancia, humanidad y prohibición, resolvieron, á pesar de todo esto, asesinar á San Pablo; y su rabia era tan furiosa, que mas de cuarenta de ellos se obligaron con los mas terribles juramentos á no comer ni beber hasta haber ejecutado tal proyecto.

Mas para colmo de horror, sus mismos pontífices eran cómplices de semejante maldad. «Hemos determinado, les dijeron los asesinos á estos hombres perversos que conocian muy á fondo, hemos determinado y estamos prontos á sacrificar á vuestro enemigo en medio de los vigías que le custodian, y para esto no teneis mas que hacer que sacarle de la ciudadela. Como jueces en Israel é intérpretes de la ley, persuadid al Tribuno que haga comparecer ante vosotros á este israelita acusado de delitos contra la religión, salvo el derecho romano de confirmar ó modificar la sentencia; y nosotros nos encargamos de todo lo demás por numerosa que sea su escolta.» Fué bien recibida la proposición, y determinaron ponerla en práctica á la mañana siguiente. Deshízose empero toda esta trama por medio de un jóven, hijo de una hermana de San Pablo, que tuvo noticias exactas de la conjuración. Informó de todo á su tío, y luego al Tribuno, el cual al instante mandó á

dos centuriones con una guardia numerosa para que condujesen al preso, no á Jerusalem, sino á Cesaréa, en donde tenia su residencia el gobernador de toda la provincia, á quien enteró al mismo tiempo de la conspiración y acusación proyectada contra el Apóstol.

Este gobernador, llamado Felix, era un hombre de bajo nacimiento que se había elevado por la mediación de su hermano Palas, célebre liberto del emperador Claudio. Para instruir el proceso del Apóstol esperó que llegasen sus acusadores, que le seguían á todas partes hasta conseguir su destrucción. Mas aquí vieron sus enemigos variada la escena, y que no tenían esperanza de maltratarle, y mucho menos de poderle oprimir con su autoridad, no quedándoles otro recurso que el de acusarle por los términos regulares en un tribunal extraño, donde no podían ser jueces como en Jerusalem.

Pero aun cuando era tan poco lisonjero el papel de acusador, no se desdendió de hacerle personalmente y ante un magistrado gentil el gran Sacerdote Ananías, posponiendo todas las consideraciones al interés de la impiedad contra el hombre que la combatía con mas entereza (1). Instruyóse luego de la trama el gobernador, y dilató su determinación para no malquistarse claramente con los judíos; mas ordenó que tratasen á San Pablo benigna y distinguidamente.

Estas buenas disposiciones de Felix habíase las inspirado su esposa Drusila, que se cree era hermana del jóven Agripa, rey de Galilea, y de la princesa Berenice. Cuéntase de ella que para hacerse un partido contra esta su hermana, tan célebre en el reinado de Tito, y envidiosa (en el tiempo de que hablamos) de la hermosura de Drusila,

esta había dejado á Asis, rey de Emesa, su primer marido, para casarse con Felix, aunque gentil y de baja extracción, pero que tenia mucho crédito en la corte. Mas dejando aparte su origen, ella era judía de religión, y creía en la inmortalidad de las almas y la vida venidera, y aun parece tuvo bastante celo para instruir á su marido en la misma doctrina, ó al menos le indujo á conferenciar con San Pablo, de quien se mostró abiertamente protectora.

Un día se presentaron ella y su marido Felix en la prisión del Apóstol, é hicieronle varias preguntas acerca de su doctrina. El preso les manifestó generalmente los principios de la fé cristiana; pero acomodando su discurso á la capacidad de los que le oían, se extendió particularmente en explicarles las reglas severas de la justicia y de la castidad, representando con los colores mas vivos y terribles el eterno castigo que estaba destinado á los que no las observasen. Felix se estremeció y temió oír mas á aquel santo orador. «Basta por hoy, le dijo, ya volveré á oírte otro día.» Con efecto le hizo comparecer despues muchas veces en su presencia; mas habiendo resistido á la primera gracia, se fué precipitando de crimen en crimen, y este infame presidente, que amaba las riquezas, parecia no llevar otro fin en las conferencias con el Apóstol, que el de ver si podia sacarle algún dinero, porque por los medios de defensa del Apóstol supo que este había venido á Jerusalem, no á mover sediciones, sino á repartir las limosnas que había recogido de los fieles gentiles. Esperaba recibir cuantiosas dádivas de un prisionero tan distinguido, y con este fin le tuvo preso dos años, al cabo de los cuales entregó el mando á su sucesor Porcio Festo.

Acudieron luego á molestar al nuevo gobernador los sacerdotes y demas judíos acusadores, pidiéndole eficazmente que

(1) Act. Apost. 24.ª y 25.ª.

enviase el preso á Jerusalem (1). Se conjeturaba que lo lograsen, y era tan evidente el riesgo de la opresion y del abuso de la autoridad, que el Apóstol creyó debía desentenderse de ella, y apeló segun el orden de los tribunales seculares, bajo los cuales estaba ya, del gobernador al emperador. Haciendo, pues, uso del derecho de ciudadano romano, dijo á Porcio Festo: "al tribunal del César me acojo; tengo derecho en mi clase á no ser juzgado en otra parte alguna sin mi aprobacion; apelo pues al César." Festo consultó con los de su Consejo y respondió al Apóstol: "¿Te has acogido al César? pues irás al César." Despues de esto, solo se trató de proporcionar embarcacion que le llevase á Italia.

En este espacio de tiempo vinieron á Cesarea el rey de Galilea y su hermana Berenice á felicitar al nuevo gobernador Festo, y no tardaron en saber del célebre prisionero que Felix habia dejado sin sentenciar despues de dos años de cárcel. Festo les hizo una relacion sucinta de este asunto, la que solo sirvió para avivar mas su curiosidad, manifestando el mayor deseo de ver y oír aquel famoso acusado, á quien tenian en muy diverso concepto que los judíos de Jerusalem. Festo les respondió: «fácil es satisfaceros, y mañana se os presentará Pablo.» A la hora señalada asistieron puntuales Agripa y Berenice con un numeroso séquito de tribunos, magistrados y todas las personas nobles de la ciudad. Asi disponia Dios al mas digno predicador del Evangelio el auditorio mas ilustre que hasta entonces habia tenido; asi el carecer de libertad proporcionó á San Pablo una ocasion que con dificultad hubiera encontrado en otras circunstancias; y asi tambien él no se manifestó menos fuerte y sublime en su dis-

(1) Act. Apost. 25.

curso que cuando le tenian por el Dios de la elocuencia en las ciudades del Asia.

«Ved ahí, dijo Festo, luego que se presentó á la asamblea; ved ahí el hombre célebre cuya muerte pide toda Jerusalem; mas yo no hallo en él delito por el que se haga merecedor de ella. Ha recurrido al César y estoy disponiendo enviarle á Roma: mas no sé qué decir para la instruccion de su causa, ni para dirigir su juicio con acierto; pues los cargos que le hacen me parecen muy frívolos é indignos de la atencion del César. Me complazco en que comparezca ante un príncipe ilustrado é instruido, especialmente en las leyes y costumbres del pueblo judío. Usad pues de vuestros conocimientos, y dignaos suministrarme las luces necesarias para dar al emperador un informe tan exacto como requiere la naturaleza del asunto y el respeto debido á la magestad imperial.»

Agripa, pues, encargado del interrogatorio, dijo á San Pablo que se defendiese. Al Apóstol, que estaba muy satisfecho de su suerte, la cual ademas no dependia ya de aquellas potestades subalternas, no era esto lo que le interesaba, y quiso servirse de esta ocasion para dar testimonio de Jesucristo, ó al menos para confundir la incredulidad cuando no pudiese convencerla. Así que, en el discurso que pronunció á pretesto de defenderse, espuso las pruebas de que Jesus Nazareno era el Hijo de Dios, y el Mesías en quien se habian cumplido todos los oráculos de los Profetas. El gobernador idólatra, que nada comprendia de estos profundos misterios, viendo que se estendia mucho sobre este artículo y sobre el de la gloriosa resurreccion del Salvador del mundo, alzando la voz le dijo: «tú deliras, oh Pablo, con lo mucho que has estudiado.» «No deliro, óptimo Festo, le respondió con tranquilidad; todo cuanto he dicho es verdad, aunque son cosas extraordinarias. Puede atestiguarlo el rey Agripa, pues no ignora

ninguno de estos puntos. ¿Creeis, príncipe, le dijo volviéndose á Agripa, lo que enseñan las profecias? porque yo sé que lo creeis." Agripa se conmovió, mas no queria manifestarlo, y temiendo que el Apóstol le estrechase demasiado, le respondió irónicamente: «no falta mucho para que me persuadas á hacerme cristiano» «¡Ojalá, le replicó, que vos y todos los presentes siguierais en el dia de hoy mi ejemplo, sin participar de estas cadenas!»

Levantáronse el rey, la princesa su hermana y el gobernador, y retirándose á un lado dijeron entre sí: «este hombre no ha cometido cosa por la que merezca ni la muerte, ni la privacion de su libertad;» y les pesaba que la apelacion pública que habia interpuesto les impidiese el absolverle. Empero la prision y cadenas de San Pablo, á mas de que realizaban su ministerio, le servian de antemural contra el furor de los judíos, que le hubieran muerto en Oriente si hubiese logrado allí su libertad.

Asi Festo dispuso que con otros prisioneros se hiciese á la vela con una buena escolta, acompañándole San Lucas con Aristarco de Tesalónica, uno de aquellos diputados que condujeron las limosnas de Grecia y Asia á los pobres de Judea, y que desde entonces siguió al Apóstol tan fielmente y con tanta constancia, que en sus Epístolas le colma de los mayores elogios. Larga y penosa fué la navegacion (1), y no arribaron á las costas de la isla de Creta hasta fines del mes de diciembre. San Pablo, que se habia ganado ya la voluntad de todos los pasajeros, les representó con la mayor viveza que seria muy peligroso el seguir por entonces su viage; prevaleció sin embargo el dictámen contrario del piloto y del maestro de la nave; mas no tardaron en arre-

(1) Act. Apost. 27.

pentirse, porque se levantó una tormenta tan horrible que en muchos dias consecutivos no vieron el sol ni las estrellas. Hubo que arrojar al mar las mercaderías y aun los aparejos de la nave, y esta bogaba sin timon ni gobernalle; por manera que nadie confiaba ya quedar con vida, ni se cuidaban de tomar alimento. Entretanto reveló el Señor á su siervo que el buque se haria pedazos, pero que no moriria ni un solo pasajero. Todos se animaron con esta prediccion, y maniobrando con todo esfuerzo llegaron á la costa de Malta, donde con efecto la nave se estrelló contra una roca; mas todos los pasajeros se salvaron, unos nadando y otros acogiéndose á las tablas y restos del buque; y de doscientas setenta y seis personas que eran, no pereció ninguna.

Los malteses, á quienes llamaban bárbaros porque su lengua era distinta de la de los griegos y romanos, mostraron con su humanidad y compasion que no eran inferiores ni á los unos ni á los otros. Para que se calentasen pues aquellos infelices muertos de frio, ya por el rigor de la estacion, ya por una lluvia de granizo que sobrevino á todos los demas accidentes, comenzaron á encender fuego; y San Pablo, siempre activo y caritativo, tomó una gavilla de sarmientos para echarla en la hoguera; pero habia entre ellos una víbora, que animada con el calor picó al Apóstol en una mano y quedó pendiente de ella. Viendo esto los isleños, movidos de aquel horror á lo malo que es una impresion de la ley eterna y que jamás borran del todo aun las costumbres mas groseras, dijeron unos á otros en su idioma: «este hombre es sin duda un malvado á quien persigue la venganza del cielo aun despues de su naufragio;» pero Pablo sacudió la mano y sin conmoverse arrojó la víbora en medio de las llamas. Creian que iba á hincharse, y que en breve quedaria muerto; mas obser-

vando que el veneno no le hizo daño alguno, creyeron que era algún Dios.

Habia allí cerca una casa y unas grandes tierras del principal de la isla, llamado Publio, el cual quiso hospedar á aquel hombre favorecido del cielo; y por espacio de tres dias no perdonó medio alguno para que el Apóstol y sus compañeros se recobrasen de los trabajos de una navegacion desgraciada. Era desinteresada esta beneficencia de Publio, mas no quedó sin el debido premio; hallábase su padre padeciendo una cruel disenteria acompañada de una ardiente fiebre y estaba ya á punto de morir; pero San Pablo hizo oracion, le impuso las manos, é inmediatamente le curó. Este prodigio, obrado en uno de los principales de la isla, como le llama el sagrado historiador, se divulgó por toda ella, y de todas partes le llevaban los enfermos al Apóstol por cuyas oraciones lograban la salud. Asi disponia para la fé, no solo los corazones sencillos de estos isleños, sino tambien los de los romanos, manifestándola y haciéndola estimar á las puertas mismas de la Italia, y entre sus varios compañeros de viage que naturalmente á su arribo á Roma habian de publicar cuanto habian visto y admirado.

Pasado el invierno se embarcaron otra vez (1), y el fin de su viage fué tan feliz como penosos habian sido sus principios. El Apóstol desembarcó en Putéolos, hoy Puzol, en el reino de Nápoles, para continuar por tierra el viage á Roma; y halló algunos cristianos que le recibieron con las mas expresivas demostraciones de amor y respeto. Hasta el fin de su viage le acompañaron muchos de ellos, y este honroso séquito iba en aumento á medida que se acercaban á Roma: los fieles de esta ciudad, tan prevenidos en su favor por la admirable carta que

(1) Act. Apost. 28.

les habia escrito, salieron á su encuentro, unos á treinta millas de distancia, y otros á cincuenta; y así, á principios de mayo del año 61, arribó triunfante á pesar de sus cadenas, á la capital del imperio y á la Silla de la Cabeza de la Iglesia y del mundo cristiano, despues que Pedro trasladó á ella desde Antioquia su Cátedra pontificia.

En Roma se acostumbraba dejar á ciertos prisioneros fuera de la prision, bajo la custodia de un soldado, con quien estaban encadenados al menos de noche. Esta gracia no se negó á San Pablo, cuyo nombre era ya tan célebre, y pasó así dos años cabales, porque no pidió su libertad, contentándose con la que le bastaba para anunciar el Evangelio. Vemos por el contrario en las Epístolas que escribió desde Roma, que se contemplaba feliz de llevar aquellas cadenas tan útiles á los progresos de la fé.

Tres dias despues de su llegada (1), avisó á los judíos mas distinguidos de Roma, rogándoles viniesen á verle á su morada, á fin de informarles del asunto de su apelacion, que acaso podrian interpretar en mal sentido. Nada omitió para convencerles de que su venida no se dirigia á ofender á nadie de su nacion, sino para librarse de las vejaciones de los ciudadanos de Jerusalem que los mismos idólatras desaprobaban. Estos israelitas de Roma ignoraban cuanto habian hecho sus hermanos de Judea, pues estos no les avisaron, creyendo ya inútiles todas sus tentativas desde que supieron que San Pablo iba á presentarse al tribunal del emperador. No solo admitieron los de Roma la justificacion de San Pablo, si que de mas á mas quisieron oírle hablar acerca de la nueva Religion que anunciaba. No deseaba otra cosa el Apóstol; y así, señalado dia para oírle, vinieron en gran número á su alojamiento.

(1) Act. Apost. 28.

En esta conferencia fué tratada tan profundamente la cuestion de la venida del Mesías, y se examinó con tanta madurez la aplicacion de las profecias relativas á Jesus de Nazareth, que en esta reunion, que fué muy numerosa, estuvo hablando el Apóstol desde la mañana hasta la noche. Mas no correspondió á su celo la docilidad de los que le oian. Algunos, es verdad, quedaron convencidos y se convirtieron; pero el mayor número persistió obstinado de tal modo que desde esta primera conferencia les declaró el Apóstol, segun su método, que iba á presentar la luz de la salvacion á los que se aprovechasen mejor que ellos, lo cual ejecutó muy luego cogiendo un fruto capaz de darle consuelo. Juntáronse innumerables prosélitos á los antiguos fieles, y no cesaban dia y noche de concurrir á la casa que con permiso de los oficiales del Pretorio habia alquilado el Apóstol.

San Lucas es quien nos refiere todo esto en la historia de los Hechos Apostólicos, cuyo relato hemos seguido hasta aqui casi únicamente. En ella se advierte que el Evangelista se complace en la relacion individual de los trabajos de su Maestro. El Espiritu Santo que le inspiraba, y que no se dignó satisfacer nuestra curiosidad sobre los demas Apóstoles, quiso sin duda alguna darnos en este las lecciones y ejemplos que basten para nuestra instruccion, y por eso hemos creído deber referirlos con todo el cuidado y estension que nos permite el plan de esta obra.

Por lo que toca al mismo San Lucas, sabemos tambien que á mas de haber seguido con constancia al Doctor de las naciones, predicó la fé en las Galias, en Italia, en Dalmacia y en la Macedonia (1); empero nada podemos asegurar individualmente sobre estas diversas misiones. Con-

(1) Epifan. lib. 1. de haeres.

servóse célibe hasta el martirio que padeció, y en el que murió á los ochenta y cuatro años en Patras, ciudad de la Acaya (1). Habia practicado la medicina, y el cuadro que le atribuye una tradicion respetable, prueba que fué pintor.

Los judíos de Jerusalem, viendo que San Pablo se habia librado de su venganza, volvieron su odio contra Santiago, obispo de aquella ciudad, y buscaron ocasion conveniente para realizar sus malignos proyectos. Murió el gobernador Porcio Festo el año 62 de Jesucristo (2), y antes que llegase su sucesor Albino, los sacerdotes y grandes de la nacion citaron á Santiago ante el Sanhedrin. El que dirigia esta nueva trama era el pontífice Anano, y por cierto que se mostró digno hijo del primer Anano, conocido en el Evangelio con el nombre de Anás, y grande enemigo de la doctrina de los Apóstoles, por ser de profesion saduceo, asi como su yerno Caifás y toda su aborrecible familia. Para llevar á cabo con seguridad sus deseos inicuos y homicidas, ensalzaron al principio la piedad y virtudes del santo obispo, que con efecto era la edificacion y admiracion de todos los vecinos de Jerusalem, asi judíos como cristianos, y le llamaban el justo y el sostén del pueblo (3). Podia entrar libremente cuantas veces queria en la parte interior del templo, donde solo entraban los sacerdotes cuando egercian sus funciones. Oraba continuamente, y postrado cuas siempre, de suerte que los antiguos historiadores dicen que su frente y sus rodillas se habian endurecido como la piel de un camello. Correspondia su pureza y una austeridad y abstinencia ejemplares á esto fer-

(1) Véanse Nicof. lib. 2, cap. 43; y S. Greg. Naz. orat. 1 in Julian.

(2) Josef. Antiquit. lib. 20, cap. 8.

(3) Hegosip. apud Euseb. lib. 20. histor., cap. 28